

Las redes y la “energía emocional”: epistolarios iberoamericanos, afectividad y formación de discursos

CLAUDIO MAÍZ

Universidad Nacional de Cuyo-CONICET/ CILHA Mendoza

Resumen

Este trabajo se ocupa de la manera como se conforma una red intelectual en el contexto iberoamericano. Aborda la problemática de las redes y la consolidación de las mismas a través de la energía emocional que circula en las cartas entre intelectuales de comienzos del siglo XX, durante el modernismo. Se utilizan conceptos tales como “formadores de discursos”, redes ego-centradas, emociones, desde la sociología, el análisis del discurso y la antropología. Los modernistas que se consideran son, entre otros, Rubén Darío, Manuel Ugarte, Miguel de Unamuno.

Palabras clave: redes, formación de discursos, emociones, cartas, modernismo

Abstract

This paper deals with the way an intellectual network is created in the Latin American context. It addresses the problem of networks, consolidating them through the emotional energy that circulates in the letters among intellectuals of the early twentieth century, during modernism. Concepts such as “formers speeches,” ego-centered networks and emotions from sociology, discourse analysis, and anthropology are examined. The modernists who are considered are, among others, Ruben Dario, Manuel Ugarte, and Miguel de Unamuno.

Keywords: networks, training of speech, emotions, letters, modernism

El presente trabajo tiene como propósitos, en primer lugar, reflexionar sobre el significado e incidencia que posee la correspondencia entre intelectuales en la configuración y circulación de las ideas, sean de orden estético o político, o culturales en general. Cabe aclarar que uno de los antecedentes más destacados en cuanto al estudio de la red a la que vamos a referirnos es el texto de Susana Zanetti “Modernidad y religación”, pero a diferencia de este trabajo, en nuestro caso hemos puesto especial énfasis en el discurso epistolar, como una de las vías para que se produzca lo que Zanetti llama “religación.”¹ Este enfoque es pertinente habida cuenta de que la carta en su origen estuvo vinculada a la administración y asuntos del Estado; sin embargo, con el tiempo –sin perder aquel otro carácter– se fue transformando en un dispositivo que amplió el tipo de comunicación que, entre amistoso y pragmático, permitió la trasmisión de un discurso compuesto por ideas, opiniones, visiones de conjunto, de interés más autobiográfico. Otro de los propósitos se corresponde con la conformación de redes intelectuales que se pueden ver plasmadas en los epistolarios. En este punto, nos proponemos observar, más detenidamente, la implicancia de la afectividad en el interior de una red iberoamericana. Dicho en otros términos, se ponderan las emociones experimentadas en conjunto que pueden tener una dimensión sólo dual o colectiva, si está en los marcos de una red. Las emociones pueden considerarse factores determinantes en la conformación, consolidación y demarcación de la red. La diferencia señalada entre dual y colectiva obedece al hecho de que por la naturaleza misma de las cartas la experiencia emocional es dual y expresan emociones comunes que circulan en más de un conjunto de cartas. En el caso de emociones experimentadas por varios sujetos la conjunción o sumatoria de aquellas que se detectan en el diálogo, esto es, en el intercambio dual, se obtiene gracias al entrecruzamiento de diversos epistógrafos que están vinculados entre sí. El recorte espacio-temporal denominado *ibeoramericano* es, desde un punto de vista político-cultural, de estructura isomórfica hacia comienzos del siglo XX, lo que habilita tomarlo como un campo en el que se pongan a prueba algunas hipótesis. Ya en un estudio sobre el epistolario entre José Enrique Rodó y Miguel de Unamuno, Rodolfo Gutiérrez Simón, habla del isomorfismo:

/.../ ¿cómo es posible que un siglo después de las luchas por la independencia –ya sea de España respecto de Francia, o de América respecto a España– se produzca un movimiento único, en cierto modo, de reflexión acerca del proceso que se ha llevado hasta ahora? Esto nos sugiere que hay un isomorfismo entre las sociedades iberoamericanas y la sociedad española. De este modo, el camino que se inicia con la separación no es un camino que conozca procesos sociales, intelectuales y políticos divergentes, sino convergentes.

Los problemas a que ambas sociedades se enfrentan, por lo tanto, pueden considerarse análogos: están dominados por una estructura profunda isomórfica.²

Los diálogos, polémicas, disidencias, alianzas deben enmarcarse en esta estructura isomórfica, que deja aflorar un cierto aire familiar en las percepciones generales de la situación cultural de América Latina y España. Por añadidura, la estructura isomórfica, que con facilidad se podría asociar con la “estructura de sentimientos” de Raymond Williams,³ nos permite revelar coincidencias en las emociones experimentadas y transmitidas en las cartas. Con respecto a los epistolarios, hay algunos más completos que otros; aun así trataremos de ocuparnos de algunos muy relevantes de comienzos del siglo XX, con vistas a cartografiar la red iberoamericana en los aspectos ya puntualizados.

Comunidades intelectuales

Existen capacidades que hombres y mujeres de la cultura iberoamericana han puesto en juego para generar tramas intelectuales a través de acciones orientadas en las que involucran episodios, periodos y trayectos de sus propias vidas. El costarricense Joaquín García Monge dedicó la mayor parte de su existencia a dar vida continental a la revista *Repertorio Americano*; el mexicano Alfonso Reyes se valió de la actividad diplomática que ocupó la mayor parte de sus años para establecer vínculos trasatlánticos, primero mediante el trato personal en sede diplomática y luego a través de las cartas; los modernistas como Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona o Manuel Ugarte hicieron del viaje una de sus actividades preferidas, no con propósitos placenteros (que los habría seguramente) sino con una energía proselitista, fuera esta estética o a veces política; la chilena Gabriela Mistral, al dejar su país, puso en marcha su proyección continental, gracias a lo cual generó una valiosa red tanto a nivel del continente americano como europeo. La lista podría continuarse con José Carlos Mariátegui y su revista *Amauta*, Roberto Giusti y la *Revista Nosotros*, Victoria Ocampo y la revista *Sur*. Estos casos –como tantos otros– ponen de manifiesto la estrecha vinculación entre decisiones vitales y la resonancia que luego tales opciones provocan en las tramas forjadas, reforzadas mediante encuentros, participación en distintas publicaciones, amistades duraderas y proyectos comunes. La acción religadora es ostensiblemente deliberada y la permanencia o desaparición de la trama intelectual generada dependerá de múltiples factores; sin embargo, hay una instancia que no deja de ser la voluntaria, de decisión propia, que se traduce en un designio trascendente destinado a que el intelectual se incorpore a entes

sociales más amplios. Los epistolarios, los diarios, las revistas y otros dispositivos revelan los entramados, por ese motivo constituyen fuentes inapreciables para la reconstrucción, caracterización y proyección de los espacios de sociabilidad intelectual. Pero también ayudan a pensar la actividad intelectual en dos direcciones opuestas y que abren un debate singular sobre las diferencias entre una vida intelectual en soledad o aislamiento y otra vida intelectual en comunidades de cultura. La dicotomía indicada excede los marcos de la actividad intelectual y deviene en un debate filosófico que involucra la cuestión del sujeto.

Jean Luc-Nancy ha señalado la naturaleza inventiva del individuo, circunstancia que en Europa habría tenido el privilegio de haberse mostrado como el único camino posible para sortear las tiranías. A esta perspectiva, Nancy le opone el hecho de que el individuo es el resultado de la “disolución de la comunidad”, y agrega: “el individuo revela ser el resultado abstracto de una descomposición. Es una figura distinta y simétrica de la inmanencia: el para-sí absolutamente desprendido, tomado como origen y como certeza”.⁴ En contraposición a la “disolución de la comunidad”, Nancy remarca la necesidad de actuar en dirección hacia el otro y trae a colación la “teoría del clinamen” que se ocupa de la desviación espontánea de los átomos,⁵ para decir que el clinamen del individuo es la comunidad, es la merma como sujeto, un “declinamiento del individuo en la comunidad”, como consecuencia de la exclusión de la “lógica del sujeto-absoluto de la metafísica (Sí, Voluntad, Vida, Espíritu, etc.)”.⁶ Tampoco la intersubjetividad, derivada de la interacción entre objetos-sujetos, pareciera una dirección correcta, ya que no es más que otra consecuencia de la metáfora del “vínculo social” entendido como la superposición de sujetos.⁷ Es quizás por estas razones que la comunidad es “la gran ausente de la metafísica del sujeto, vale decir –individuo o Estado total– de la metafísica del para-sí absoluto”; es el desprendimiento total, sin relación. Nancy concluye: “Este absoluto puede presentarse bajo las especies de la Idea, de la Historia, del Individuo, del Estado, de la Ciencia, de la Obra de arte, etc. Su lógica siempre será la misma, en la medida en que *es sin relación*”.⁸ Es así entonces como la relación comunitaria frente a la pretendida actividad intelectual individual es más una argucia filosófica que una realidad palpable en la sociabilidad entre intelectuales, faceta que por ahora nos interesa. Para llegar a integrar una “comunidad intelectual” que prescindiera de la presencia y favorezca la comunicación diferida, debe haber la ausencia-presencia de una red que se configura no en la intersubjetividad sino en la aparición de un *entre*, como lo llama Nancy, un “entrenosotros”, sin yuxtaposición del “y” sino a través de la “exposición”, en razón de que la comunicación “es el hecho constitutivo de una exposición al afuera que define a la singularidad”.⁹

En cambio, el discurso autocentrado es la negación de la integración comunitaria. Existe un género discursivo que se ubica en el extremo contrario al

epistolar y es el diario. El género diarístico por naturaleza es un discurso que se escribe en soledad, con mayor o menor frecuencia y que pone al autor en un contexto autorreflexivo, introspectivo y, en ciertos casos, directamente bajo un narcisismo primario. El diario difiere de un género discursivo como el epistolar, ya que la carta demanda la otredad, la creación de un espacio *inter* en el que debe producirse un diálogo. A modo de síntesis, el diálogo es propio de la epístola y el monólogo lo es del diario. Ahora bien, se trata de una distinción provisoria, somera, que no pretende ser taxativa sino intuitiva. Tampoco supone una clasificación de autores de acuerdo al uso de uno u otro discurso. Sin embargo hay un elemento que sí nos parece perdurable o paradigmático, y es la sociabilidad que caracteriza a cada uno de estos discursos. Entre lo *auto* y lo *inter* hay una distancia social muy apreciable y ello puede abrirnos un camino hacia mejores distinciones y por añadidura valorar el efecto –si lo hubiere– que puede tener en la producción discursiva.

Tomemos el caso de José María Vargas Vila (Bogotá, 1860-1933), quien escribía en su *Diario* desde París a fines del siglo XIX: “Yo no he buscado nunca la amistad: la he rehusado siempre. Le he cerrado las puertas de mi corazón, como al amor. No tengo amigos, no tengo sino enemigos domesticados /.../”.¹⁰ Seguidamente escribe el colombiano: “Hoy ha estado a visitarme un mozo guatemalteco, llamado Enrique Gómez Carrillo, repugnante de saciedad y de androgenismo mórbido /.../ Es repulsivo ese mancebo que merece ese nombre porque se desprende de él un olor nauseabundo a mancebía, ambiguo, desmelenado, pálido”.¹¹ También en París, en ocasión de asistir a la Exposición Universal (1890): “Nuestra vida exterior puede ser cambiada por los acontecimientos, nuestra vida interior permanece intacta. Es necesario preservar nuestra vida interior de todo contacto con la vulgaridad... Sólo en la Soledad se logra ese milagro de pureza espiritual... Yo no salgo nunca de mi Soledad; la llevo conmigo y nunca estoy más solitario que en medio del tumulto /.../ yo detesto toda forma de sociedad”.¹² Como se puede apreciar, se trata de un caso extremo de individualismo, más aún, de una defensa irrestricta del mismo.

La “energía emocional” en las redes epistolares iberoamericanas: Fundar discursos.

Hemos definido el espacio iberoamericano gracias a la noción de isomorfismo, estableciendo la importancia de la carta en la producción eidética. Asimismo hemos podido establecer las diferencias y distancias ontológicas que existen entre el trabajo intelectual dentro de comunidades y el de concentración en un sí-mismo. La carta que asociamos a la primera instancia está signada por una

dimensión social que el diario, que pusimos como ejemplo contrario, no posee. Ahora bien, si las redes son una conjunción social y afectiva, ello tiene que ver con el poder dialógico que las rige. No habría red sin “energía emocional” favorable, positiva, lo que no necesariamente implica la sola experiencia de sentimientos de satisfacción. La microsociología, que se ha ocupado de estudiar los fenómenos sociales a menor escala, es una perspectiva metodológica que se ajusta muy bien a lo que pretendemos presentar en este apartado. Nos referimos al peso emocional en las relaciones epistolares que resulta un atributo necesario para la afirmación o no de una red y por tanto del intelectual como “generador de discursos” en la dinámica del funcionamiento reticular. Si bien el interés principal de la perspectiva microsociológica está puesto en las interacciones entre sujetos frente a frente, esto es, la presencia aquí es necesaria, ello no invalida, a nuestro juicio, pensar las acciones relacionales dadas en las cartas, que son de naturaleza diferida en espacio y tiempo; además esta microsociología se preocupa también por la comunicación, de cuyo la consecuencia natural de la acción de escribir una carta. Es preciso aclarar que aunque no existe de manera permanente esa presencialidad que reclama Randall Collins en su teoría,¹³ en la relación epistolar hay siempre una instancia en la que los correspondientes se encuentran y luego manifiestan el placer de haberse visto. Este comportamiento, aunque esporádico, es casi “ritual”. La sociología de las emociones –una línea de estudio que arranca en la década de los 80 del siglo pasado– ha tomado de Randall Collins algunos de los principios que desarrolla en su teoría de los rituales de interacción, de donde se desprende lo que el sociólogo denomina “energía emocional”, que tiene un gran valor aglutinador entre los individuos.¹⁴ El comportamiento en las comunidades intelectuales presenciales y no presenciales es análogo. En las cartas es posible percibir un deslizamiento de energía emocional que tiene una fuerza de atracción o también puede producir su efecto contrario.

No debemos olvidarnos tampoco que tratamos con discursos y no con sujetos que se encuentran frente a frente. El análisis por tanto de esas energías emocionales circulantes en los epistolarios se verá afectado por diferentes variables, tales como el hecho de que “el discurso puede ser portador y desencadenante de sentimientos y emociones, [sin embargo] no es en él donde se encuentra la prueba de la autenticidad de lo experimentado”, tampoco puede confundirse la consecuencia desencadenada por un discurso con “la gestación posible de un sentimiento y el sentimiento como emoción experimentada”, tal como advierte Charaudeau.¹⁵ Los tópicos propios de la carta encajan con esta dualidad: a veces las expresiones de afectividad son solamente fórmulas sociales o, en otras ocasiones, sentimientos verdaderamente experimentados. Además la sociabilidad que le hemos reconocido a la carta anteriormente está en una dirección asimismo social de la producción de emociones, o en otras palabras se encuentra condicionada

por la circunstancia social de quien experimenta la emoción. Escribe Baricat: “el objeto propio de la sociología de la emoción [es] estudiar las relaciones entre la dimensión social y la dimensión emocional del ser humano”.¹⁶ Una rápida lista de tales emociones que brinda es: “Soledad, envidia, odio, miedo, vergüenza, orgullo, resentimiento, venganza, nostalgia, tristeza, satisfacción, alegría, rabia, frustración”.¹⁷ Con todo, al ser tan variadas las experiencias emocionales, para intentar examinarlas en los epistolarios podríamos valernos de una condensación que Rodríguez Salazar realiza en dos grandes tipos: *las emociones de bienestar* (la alegría y la tristeza) y *las emociones morales* (como el orgullo, la culpa o la vergüenza).¹⁸

Los aspectos cognitivos están influidos por las emociones.¹⁹ La producción de discursos que tienen a las acciones reticulares del intercambio epistolar como antecedente demanda ocuparse de algunos aspectos tanto nocionales como emocionales de la fundación de discursos. Diríamos, en su estado germinal, *‘in statu nascendi’*, y por tanto en vías de consolidarse como idea o pensamiento. De tal manera, la comunicación habrá de ser el factor constitutivo de la comunidad intelectual frente a otras perspectivas que privilegian a una figura como la del autor, el genio, el artífice solitario, etc. En consecuencia, quisiéramos acercar lo expresado hasta aquí a ciertas codificaciones discursivas que poseen algunas propiedades semióticas, como lo es la pragmática, es decir, la relación existente entre los usuarios del lenguaje, y por extensión con algunas instituciones, a fin de realizar una distinción entre los géneros discursivos del yo, al que pertenecen los epistolarios. Tzvetan Todorov ha dicho que los géneros provienen de los actos de lenguaje. Pero entonces ¿cómo explicar que no todos los actos de habla produzcan géneros literarios? Responde Todorov: “una sociedad elige y codifica los actos que corresponden más exactamente a su ideología”.²⁰ Esta connivencia entre género e ideología dominante en una sociedad es la que nos incumbe a la hora de pensar el uso probable que se le da a una carta, un ensayo, un diario o un texto de memorias. La codificación de la que habla el teórico franco-búlgaro tiene implicancias sociales muy claras y con relación a los discursos que atañen al yo se encuentran en relación directa con la mayor o menor admisión de la revelación de la interioridad del sujeto en diferentes épocas. En términos de Nancy, un incremento o un decaimiento de la “exposición” (del sujeto) —materializada en una retórica del yo— sufre mutaciones. Ahora bien, aun compartiendo los dichos de Todorov, nos interesa incorporar otras perspectivas a la problemática, como la de Marc Angenot en torno al discurso social, en cuanto afirma que por sí mismo, “ningún discurso es performativo”, y agrega: “El discurso social actúa, en su conjunto, formando los espíritus y desviando la mirada de ciertas ‘cosas’. El discurso social siempre está allí, como mediación, interposición de una forma de lo colectivo inerte, en las relaciones entre los

humanos”.²¹ También la mirada de Nora Esperanza Bouvet—quien ha estudiado el género epistolar— corrobora en cierto modo lo dicho, cuando al referirse a la escritura de cartas dice que se trata de una práctica que “pertenece al campo de los discursos sociales”, asimismo porque es un “hecho de la vida social cuya función dominante es comunicar”.²² La preeminencia social que se le confiere, entonces, a la escritura epistolar es la faceta que subrayamos y afina mucho mejor nuestras hipótesis. En síntesis: la sustancia social y la comunicación parecen ser los rasgos más atinados a la escritura epistolar, uno de los recursos involucrado en la creación de las comunidades, podría ya decirse: letradas. Estas dos condiciones—sustancia social y comunicación— se ratifican en los epistolarios de grandes escritores, cuyo espacio de diálogo abierto contiene un sinnúmero de posibilidades temáticas. Bouvet afirma que la carta “es menos un estado de lo escrito que un movimiento de escritura”.²³ Esta afirmación se adapta, a nuestro juicio, a la de Angenot cuando caracteriza al discurso social como “mediación, interposición de una forma de lo colectivo inerte”. Ya como “movimiento de escritura” o “como formación de espíritus”, el discurso epistolar que nos interesa procura incidir sobre los interlocutores con el objeto de crear con ellos y entre ellos un tejido lábil, hecho de lazos, afinidades y emociones. Si hiciera falta insistir, se podría agregar que las cartas han contribuido a la construcción de ámbitos afectivos, políticos, intelectuales, artísticos, por ejemplo en el intercambio epistolar entre exiliados, pero ello no es privativo de este tipo de epistolarios.²⁴ Aún más, entre las atribuciones del discurso epistolar debe contarse “la connivencia de la carta y del universo intelectual de la cultura”.²⁵ Cabe preguntarse en tal sentido, ¿cuándo la carta se inviste de un valor documental para el estudio de la cultura literaria en particular? Cuando documenta de una manera singular la biografía de sus autores, tanto sus vidas como sus obras,²⁶ aunque no en todas las ocasiones. Los textos del yo, entre los que incluimos cartas, libros de memorias y otros similares, se tornan “ego-documentos”. Esta metamorfosis obedece a que pueden, por un lado, darnos pistas sobre la subjetividad de los autores, pero, por otro, información sobre planes futuros, debates, proyectos de trabajo, intereses personales, cambios en los patrones del gusto estético. Son fuentes definidas como redes “ego-centradas”, en razón de que alrededor de la figura productora del epistolario, biografía o diario nos aproximamos en cierto modo a la “densidad según la frecuencia y grado de interacción con sus interlocutores”.²⁷

Así también, en ciertos casos, intelectuales de una red ego-centrada poseen la cualidad de convertirse en “fundadores de discursividad”, como Michel Foucault llama a quienes han producido “la posibilidad y la regla de formación de otros textos”.²⁸ Se trata de intelectuales que se sienten “voceros” de la nación y por tanto sus discursos buscan contribuir a la reafirmación de la nacionalidad.²⁹ También se los podría considerar como parte de la “inteligencia” de una época y una

sociedad (vale recordar aquí el famoso ensayo de Alfonso Reyes “La inteligencia americana”) y no simplemente como intelectuales, de acuerdo a la distinción de Theodor Geiger.³⁰ En este punto, entonces, es favorable detenerse tomando un caso casi paradigmático de lo dicho hasta aquí, y para brindar asimismo un ejemplo de “fundador de discursividad” o representante de una “inteligencia creativa”,³¹ nuestra propuesta no ignora, desde luego, un cierto clima de época en el que la temática integracionista continuaba vigente y activa.

Pero antes, otra precisión se hace necesaria: la lectura de los epistolarios suele llevarse a cabo de acuerdo a la díada de corresponsales (Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo³²); otras lecturas se realizan en base a la conjunción de varios corresponsales cuyas cartas se interconectan (*Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco*³³); y finalmente figuran epistolarios en los que los corresponsales aparecen en orden cronológico y están dirigidas a un solo corresponsal (*Epistolario inédito*, la totalidad de las cartas están dirigidas a Unamuno³⁴). El resultado de estas lecturas es diferente, claro está. Nosotros ensayamos aquí una que se toma la licencia de hacer algunos saltos cronológicos, no demasiados bruscos, y la demostración mediante cartas propias de espacios diferentes y a mucha distancia entre sí. Tampoco queremos centrar nuestra mirada en las fórmulas cristalizadas de la carta, sino en las manifestaciones discursivas que dan cuenta de emociones.³⁵ Para ello queremos presentar algunos ejemplos. En otra parte nos hemos referido a la red iberoamericana hacia comienzos del siglo XX durante el modernismo hispánico.³⁶ Aquí partiremos de la aceptación de la existencia de dicha red y buscaremos remarcar esa circulación emocional que de ninguna manera está fuera de la producción de ideas, sino todo lo contrario.³⁷ Veamos entonces algunos casos.

Nos referimos a la figura del mexicano Alfonso Reyes en diversos episodios vitales, entre ellos los de la diplomacia. Jorge Myers se plantea la sospecha de si la práctica escrituraria diplomática (disciplinada, efímera, sintética) “no haya incidido en la obra ensayística y literaria” de Reyes, tanto como en su oficio de periodista o filólogo.³⁸ Hay una doble sociabilidad en las tareas del mexicano: la que proviene de su función diplomática y la que provee la extensa correspondencia. Ambas crean la base para la construcción de una red cada vez más densa, que comienza en París a comienzos del siglo XX, pero que se continúa a lo largo de toda su vida y que nunca dejó de ser trasatlántica.³⁹ Tamaña diligencia epistolar (como también diplomática, en un sentido bastante singular, ya que las diversas sedes se transformaban en espacios para el comercio tanto intelectual como de otra índole más pertinente al oficio) pone de manifiesto la ventajosa implicancia entre epistolario y universo intelectual. La carta fue uno de los medios de la circulación de opiniones, por entonces, que nutrieron una Idea Latinoamericana, centrada

en la renovación de la historia americana, poniendo énfasis en las continuidades antes que en las rupturas. Estas prédicas a lo largo de los años le permitieron a Reyes producir una verdadera formación cultural,⁴⁰ en suma, convertirse en un “fundador de discursividad” por encima de las fronteras al formular una Idea de Latinoamérica asentada en la homogeneidad. Para mayor abundamiento, hacia 1936 tuvieron lugar en Buenos Aires dos importantes encuentros internacionales de intelectuales: el XIV Congreso Internacional de los PEN Clubs (del 5 al 15 de septiembre), y la Séptima Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual, (del 11 al 16 del mismo mes). Este último encuentro llevaba como lema “Las relaciones actuales de las culturas de Europa y América Latina”. Una vez finalizados estos encuentros, Reyes, insatisfecho por los debates que impidieron “llegar a fórmulas precisas”,⁴¹ habrá de continuar la discusión durante el mes de octubre y parte de noviembre de 1936, con otros dos destacados intelectuales: Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero. El resultado de estas conversaciones se habrá de transformar en notas que Reyes organiza y publica bajo el título *La constelación americana. Conversación de tres amigos* (1950). Este dato resulta revelador de los propósitos de Reyes; al amparo de un subtítulo del texto mencionado que reza “Profesión de fe americana”, escribe: “A los tres amigos que nos reunimos a conversar sobre América a fines de 1936, nos alentaba el mismo ideal. Para exponerlo brevemente, nos decidimos a repetir lo que, en diversa forma, dejamos ya dicho en nuestros libros”.⁴² La tarea como “fundador de discursividades” conlleva diversos canales: orales como la conversación, a la distancia y diferidos como la carta (considerada como una conversación a distancia y diferida), o el texto definitivo en formato libro. Tal sería una probable secuencia discursiva que se reitera en muchos intelectuales. Reyes al referirse a las notas admite que “son meros tanteos y sugerencias”, dispersas pero no por ello menos provechosas en cuanto a “evitar que se pierda el eco de aquellas charlas por si hay algo en ellas que sirva de estímulo –positivo o negativo– a cierto grupo juvenil que ahora mismo ha comenzado a ocuparse, entre nosotros, de asunto semejante”.⁴³ La cuestión no es otra que el destino de América. Como se observa, hay un metadiscurso que informa al lector de los contextos desaparecidos: “Dura tarea el resucitar notas de ayer. Parece que andamos entre las páginas póstumas de un extraño. /.../ He perdido el dominio de aquellos papeles que hoy quiero nuevamente ‘empuñar’”.⁴⁴ Bastan estas pocas referencias para dimensionar la cabal sociabilidad en la que se sumergía de manera constante el escritor mexicano: en las tareas diplomáticas ya indicadas, la escritura incesante, las cartas, la intervención en eventos públicos con participantes de jerarquía intelectual, etc. Pero no podemos privarnos de compartir el final del texto como corolario de lo sostenido en torno al mexicano como fundador e incitador de otros discursos. En Buenos Aires llegaron las vacaciones de verano y las charlas no

podieron continuarse, a lo que agrega Reyes “Después se han publicado libros como *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, de Henríquez Ureña, que en buena parte dejan inútiles estas notas”.⁴⁵ Un libro resume, entonces, todas las secuencias anteriores; sin embargo, no por ello las rutas precedentes del libro son inactivas o innecesaria su recuperación.

Las emociones de bienestar (la alegría y la tristeza)

La modernidad trajo consigo la desacralización de la sociedad, el crecimiento de las capitales, el aumento demográfico, la vida urbana y la aparición de multitudes, y otras profundas modificaciones.⁴⁶ Norbert Elías ha demostrado los cambios en la “estructura emotiva” de las sociedades en la modernidad y en la estructura “de control de los seres humanos que mantienen la misma orientación a lo largo de toda una serie de generaciones”.⁴⁷ Estos efectos impactaron en la actividad artística, que se vio ante la necesidad de someterse a las mudanzas impuestas por el desarrollo capitalista con su creciente tecnificación y mercantilización, o buscar denodadamente la autonomía del arte y la profesionalización de la actividad.⁴⁸ Eso sí, existía un sentimiento compartido sobre una actitud ambigua frente a las ciudades, rechazo y atracción a la vez. Es así como se va imponiendo la temática del “aislamiento”, como producto de un sentimiento de malestar. El aislamiento podía servir para facilitar la creación o sencillamente oficiar como pacificador de los espíritus. En una carta de Juan Ramón Jiménez a Rubén Darío, le dice el gran poeta español:

Me habla usted de mi aislamiento ¡mi aislamiento! Yo he sido siempre, como usted sabe, un aislado; como que la soledad es buena amiga de la bondad y de la belleza. Ahora bien, la cuestión es ésta: ¿dónde debe uno aislarse? ¿En un pueblo como Moguer? Hay paz, hay silencio... relativo; se reciben libros, revistas, cartas; pero no puede ir uno a un museo, a un concierto, a un parque monumental. ¿En una gran ciudad como París? En el ambiente de una gran ciudad existe todo, por lo mismo, falta la nostalgia. En fin, el asunto es soñar pensar cantar de un modo o de otro, pues que en todas direcciones puede encontrarse la belleza absoluta; ir arrancando las mejores rosas por todas las avenidas del destino.⁴⁹

El poeta español cree compartir ese sentimiento que le atribuye a Darío, pero el nicaragüense es demasiado mundano para siquiera pensar en abandonar las grandes ciudades. Por el contrario, Miguel de Unamuno fue uno de los más

firmeros defensores de la necesidad de alejarse de la gran ciudad y se congratula de haber elegido Salamanca para vivir. Le escribe desde Salamanca a Darío, en una carta fechada en 1900: “Tiene usted razón; es lamentable el achatamiento que aquí nos oprime. Por eso me aílo en este rinconcito, del que no deseo salir. Aquí en casa, teniendo frente a mi balcón la extensa sierra de Gredos, nevada ahora, me constituyo un universo /.../”⁵⁰ Y agrega: “No me creo ni más ni menos, ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades, pero cada uno es único e insustituible, y en serlo a conciencia pongo mi principal empeño”.⁵¹ La ambigüedad antes indicada sobre la vida en grandes ciudades aflora en esta comunicación de Darío a Unamuno, el 7 de febrero de 1900: “Yo continúo aquí en una soledad mental desesperante. Le aseguro que cada día me siento más extranjero en este medio, en donde, por otra parte, no puedo quejarme de falta de personales simpatías. Mas, francamente, no es poco lo que en mí influye esta atmósfera de decaimiento y de achatamiento. ¡Necesito cambiar de aires!”.⁵² A lo que el escritor español le responde: “‘Necesito cambiar de aires’ – me dice usted. Pues cambie de ellos, amigo Darío, pero créese, ante todo, su aire interior”.⁵³ Más adelante Unamuno agrega: “cambie de aires; busque soledad”.⁵⁴ Es una invitación a que abandone la gran urbe.

Miguel de Unamuno y Rubén Darío tienen sentimientos muy diferentes sobre la cultura francesa, cuestión que atañe a las identidades iberoamericanas. Ya se sabe de la “causa” unamuniana en favor de abandonar ese gusto por lo francés en los países de habla hispana. En 1902 le declara a Darío su desdén por lo francés, su gusto por la literatura americana y remata: “Los países del Norte me atraen; decididamente no tengo alma latina”.⁵⁵ Estas diferencias no eran nuevas por cierto. Pero también involucraban a otro latinoamericano notorio por entonces, José Enrique Rodó. Este uruguayo le escribe a Unamuno el 12 de octubre de 1900: “Yo me reconozco muy latino, muy meridional; por lo menos como manifestación predominante de mi espíritu /.../”⁵⁶ Ya Darío en carta escrita en Madrid, el 16 de mayo de 1899, le revelaba a Unamuno: “Le confesaré, desde luego, que no me creo escritor americano”. El poeta alude para apoyar su afirmación a una carta de José Enrique Rodó escrita a José Berisso, secretario de Darío, en la que Rodó afirma que Darío “no es el poeta de América”.⁵⁷ Darío va más allá todavía: “Mucho menos soy castellano. Yo ¿le confesaré con rubor? No pienso en castellano. ¡Más bien pienso en francés! O mejor, pienso ideográficamente; de ahí que mi obra no sea castiza. Hablo de mis libros últimos. Pues los primeros, hasta *Azul*, proceden de innegable cepa española, al menos en su forma”.⁵⁸ Se podría haber esperado una reacción mucho más intempestiva del escritor vasco; sin embargo, Unamuno le escribe, también en 1899:

Lo que yo veo, precisamente en usted, es un escritor que quiere decir, en castellano, cosas que ni en castellano se han pensado nunca ni pueden, *hoy*, con él pensarse. Tiene usted que hacerse su lengua, y en esta labor inmensa se gastan energías que el escritor clásico aprovecha en expresar las ideas comunes en su país y en su tiempo, cuando estas ideas son vivas, es decir, en las épocas clásicas. Cuando las ideas comunes son muertas, como hoy sucede en España, el escritor, purista y correcto y de irreprochable lenguaje, sólo expresa sonoras vulgaridades /.../⁵⁹

Para Darío no era una ofensa lo que el uruguayo Rodó había escrito sobre su temprana obra, y Unamuno, sin refrendar esos dichos, reconoce en el poeta nicaragüense la novedad de manifestar cosas hasta entonces no expresadas en español. Lejos estaba del reproche, sino que, por el contrario, le reconocía el esfuerzo de todo escritor que se precie, esto es, hacerse una lengua propia. Sin embargo el problema de la lengua no se agota en estos dos corresponsales. El guatemalteco Enrique Gómez Carrillo se escandalizaba en 1896 por el hecho de que Rubén Darío hubiera tenido que “aceptar empleo” en Buenos Aires⁶⁰ y le escribe: “Verdaderamente su desgracia consiste en no escribir en francés o en inglés /.../ ¡Si usted fuese parisiense, tendría un carruaje, Rubén!”.⁶¹ Todavía en 1913 (carta del 15 de diciembre), el argentino Alberto Gerchunoff se lamentaba, desde París: “Si Ud. hubiese escrito en lengua francesa sería un poeta más universal”.⁶² En esa misma carta, Alberto Gerchunoff le confiesa su “desilusión de París” y realiza una comparación en la que los países americanos superan a los europeos: “los hombres de los países bárbaros hemos concretado una actualidad más variada y más profunda en almas y *en vida afectiva*”.⁶³

Es notable que señale una especie de estructura afectiva superior a la desarrollada en Francia, especialmente en París, y ello en razón de los permanentes rechazos a los que se ven enfrentados los latinoamericanos. Lo dicho se puede percibir en Enrique Gómez Carrillo en una carta fechada en 1900: “Yo siempre aquí contento o triste, pero siempre menos aburrido de lo que se me figura que estaría en otra parte. París es para mí, más que otra cosa, un pretexto”.⁶⁴ Sin embargo, el descontento o la abulia no son nuevos; en una carta probablemente fechada en 1894, le trasmite a Darío: “Al fin he conseguido fastidiarme de mi vida en París. La pobreza y la bohemia son muy bonitas cuando *han pasado*, pero mientras se está en ellas es horrible”.⁶⁵ Como se aprecia, en algunos modernistas la relación con las grandes ciudades es ambivalente, de atracción y rechazo, de acuerdo a veces a la manera cómo marchaban sus proyectos personales. Enrique Gómez Carrillo pareciera contarse entre los que han desarrollado una afectividad de claro corte empático más acorde a la que refiere Gerchunoff,

cuando le escribe a Darío en 1896: “Pero permítame una queja: ¿Por qué en su carta no me habla de usted, de lo que hace, de lo que prepara, de su vida, en fin, y de sus obras nuevas? Ya sabe que nada me preocupa a mí tanto como lo que en la vida de usted tiene interés”.⁶⁶ En orden a la estructura de afectividad de la que venimos hablando, Rodó le confiesa a Unamuno: “Lamento que la forma escrita no consienta la extensión y la prolijidad de las confidencias verbales, pues me agradaría infinito conversar con usted sobre muchos temas que para ambos tienen interés”.⁶⁷ Estos dichos nos remiten a las conversaciones impulsadas por Alfonso Reyes con Pedro Henríquez Ureña y el filósofo Francisco Romero. La carta, con toda la libertad confesional que es capaz de adquirir, no sustituye el diálogo cara a cara.

Emociones morales

Las otras emociones a la que queríamos referirnos atañen a algunas actitudes en las cartas y que solamente se revelan si conseguimos la triangulación de epistológrafos. En otras palabras, lo que A le escribe a B no necesariamente es lo que A piensa de B, ya que en otra carta escrita a C hace saber la opinión verdadera que tiene de A.⁶⁸ Tengamos en cuenta este episodio que envuelve dos figuras del modernismo que están enfrentadas: Darío y Gómez Carrillo. Éste, que ha recibido pedidos de que publique datos de Darío que otros escritores le han hecho llegar, dice que, si lo hace, publicará también los nombres de los informantes para “castigar sus hipocresías”, puesto que “cuando se escriben cartas así no se publican luego tiernas despedidas”.⁶⁹ En tal sentido, a propósito de un prólogo escrito por Miguel de Unamuno al libro *Paisajes parisienses* de Manuel Ugarte,⁷⁰ se suscita una polémica entre Darío y Unamuno por el tono afrancesado del libro de Ugarte. Pese a que en otros textos epistolares Darío se muestra afable y condescendiente con el escritor español, en una carta que le escribe a Ugarte desde Dieppe el 24/08/1901, a propósito de ese prólogo, le confiesa lo que realmente piensa de Unamuno:

Tiene Ud. razón: Unamuno es lo que dice: un hombre con un siglo de atraso, *vasco jansenista de gran ingenio, leído y metido en Salamanca*. No hay más que hacer. Enviaré sin embargo el prólogo a *La Nación*, así como Ud. ha de publicarlo. *Creo que jamás nos entenderemos con Unamuno. Vino a París y lo que vio fue a una andaluza que hablaba francés. ¡No nos entenderemos con Unamuno! Después de leer ese prólogo lo castigaría casándolo con Gómez Carrillo y haciéndolo vivir en Montmartre.*⁷¹

Como se observa, esta confesión es compartida tanto por uno como por otro escritor, ya que al parecer Ugarte le ha escrito a Darío la frase “un hombre con un siglo de atraso” refiriéndose a Unamuno, a pesar de que el escritor argentino ha sido quien le ha solicitado el prólogo a Unamuno, pero la insatisfacción que le ha dejado las opiniones del vasco sobre su libro lo empujan a cierta maledicencia – pese a que en el epistolario Unamuno-Ugarte las muestras de admiración del argentino son abundantes y efusivas. La polémica continuará, ya que Darío escribirá el prólogo a *Crónicas del Bulevar*⁷² de Ugarte. Si la diferencia de criterios se extiende es porque está en juego la relación de los hispanoamericanos con la cultura literaria francesa, el centro paradigmático de los grandes cambios en la literatura de lengua hispana. Rubén Darío no está dispuesto a evitar dicha confrontación.

A propósito de la referencia irónica de Rubén Darío cuando dice que “castigaría” a Unamuno casándolo con Enrique Gómez Carrillo, la misma resulta propicia para introducir otra emoción que fluctúa entre la envidia, los celos y las sospechas por parte de Gómez Carrillo y de desconsideración o frialdad hacia el escritor guatemalteco por parte de Rubén Darío. Todo dentro de un marco en el que la confianza mutua se altera por las murmuraciones que corren en el ambiente literario de cafés, tertulias y cartas. Estas murmuraciones corren más rápido que las ideas y ocuparían el lugar de “ruidos distorsionadores” de la comunicación que ponen en peligro las amistades, a veces las quiebran, y comprometen las redes. Escribe Darío: “Yo continuaré el mismo, en nuestra amistad intelectual. Por otra parte, nunca he hablado de cosas de su vida privada. Yo tengo a ese respecto, ideas distintas. Si Ud. muere antes que yo, no digo que no hablaré, –siempre altamente– de todo”.⁷³ Gómez Carrillo ya ha tomado recaudos, diciéndole que varios escritores argentinos le advierten sobre que Darío quiere dañar su reputación, y amenaza: “todos sus amigos me han escrito dándome datos sobre usted y pidiéndome que los publique”.⁷⁴ El escritor guatemalteco padece por la imagen que se han formado de él y lo incluye en ello también a Darío: “Usted, como casi todos, me cree ondulante y ligero, hombre con alma de mujer pública, etc.”.⁷⁵ En estos incidentes interceden varios escritores, entre ellos, Rufino Blanco Fombona, a quien Gómez Carrillo le dice a propósito de una colaboración en una revista que Blanco Fombona le ha solicitado, que lo haría, pero “como estoy ofendido por la conducta de Rubén, no puedo en el caso presente hacerlo /.../ Además yo he sabido por mil conductos las cosas que Rubén dice de mí y las amenazas que me hace. Ud. es el único que me dice que Rubén me estima. Los demás dicen lo contrario”.⁷⁶

Hemos dicho que con el modernismo se pone en marcha la desigual batalla por la autonomía del arte y la profesionalización del escritor. Rubén Darío encabeza este empeño y en sus cartas se dejan ver sus preocupaciones y desvelos

por el sustento económico y el deseo de vivir de lo que se escribe. En una carta escrita desde París, (13/08/1910) al administrador del diario *La Nación* (Buenos Aires), dice Darío: “Tomo nota de que el folleto que le remití y que comenzarán a publicar a la terminación de los que aparecen actualmente, me será abonado a razón de tanto por centímetro, según estila *La Nación*; esperando se me aplique la misma tarifa que se me aplicaba cuando hacía yo traducciones para *La Nación*”.⁷⁷ Pese a la legitimidad de esta preocupación, todavía existen ideas sobre la bohemia como un modo de enfrentar a la vida burguesa. Como lo hace Gómez Carrillo cuando escribe en un prefacio a una de sus novelas: “Cuando Rubén Darío tenía talento (¡oh póstumo!) estuvo a punto de asesinar a un amigo suyo que le llamó bohemio”.⁷⁸ Es así como la pretensión dariana de vivir del trabajo intelectual es objeto de recriminación de parte de Gómez Carrillo. Sin embargo el argentino Alberto Gerchunoff le reconoce todos los méritos a Darío cuando le propone una publicación en Buenos Aires que le dejará algún rédito económico, moviendo algunas influencias. “Le aseguro de antemano que nada” –le escribe Gerchunoff– “sufriría con ello su amor propio: lo haré discretamente y siempre como iniciativa personal mía, sin invocar su nombre”.⁷⁹ Muy distinta es la actitud del escritor guatemalteco en tiempos en que dirigía el *Nuevo Mercurio*, por ejemplo. Cuando otros colaboradores le dicen que Darío es redactor y amigo de la revista, él les contesta: “Yo les he dicho que usted no es redactor sino de los periódicos que pagan”;⁸⁰ o cuando con ironía le manifiesta al poeta: “Me alegro de que al fin tenga usted necesidad de escribirme. Yo ya sabía que sólo los intereses sagrados del dinero –tan necesarios para la vida poética– podían mover su pluma o sus pasos”.⁸¹

Para concluir, hemos querido poner en contraposición dos codificaciones provenientes de los actos de habla de acuerdo con la propuesta de Todorov. Por un lado, la carta y, por otro, el diario. La distancia que separa a cada una de estas retóricas del yo es la mayor o menor sociabilidad que los caracteriza. Tal sociabilidad posibilita dimensionar la densidad vital de los sujetos en las tramas de cultura. La carta, por añadidura, al ser esencialmente un género dialógico se convierte en un medio ideal para los “fundadores de discursividad”. Asimismo, las cartas constituyen herramientas muy fructíferas para el desarrollo de redes intelectuales pues permiten sortear la distancia y el tiempo, por ser emisiones siempre diferidas y no instantáneas (como puede ocurrir en la actualidad). La “energía emocional” necesariamente surca estos discursos del yo, en la modalidad de la confesión, el reclamo, la admiración, o de sus contrarios la envidia, el recelo, el doble discurso, como pudo comprobarse en la red iberoamericana.

No obstante, la condición para que se produzcan las estructuras reticulares es la existencia de una “energía emocional” que estreche vínculos; de no ser así, la misma “energía” creará el efecto contrario. Pudimos ver algunos casos en que las

emociones, tal como las estudian la sociología, la psicología o la antropología, fluyen a través de los epistolarios creando tramas invisibles pero de efectividad a la hora de la producción discursiva. Vimos algunos ejemplos de la función de las emociones que tienen que ver con los celos, la envidia u opiniones que no se condicen con lo dicho a otros correspondientes. Ello ha sido posible gracias al entrecruzamiento de cartas que permite percibir la verdadera significación que tienen estas emociones. Por tanto puede afirmarse que no todo lo que se dice en la carta privada se respalda en la verdad. La relativización de estas verdades se logra mediante las intercepciones de otros discursos epistolares. Finalmente, la red iberoamericana de comienzos del siglo XX llegó a constituirse por dos factores interrelacionados. Por un lado, el isomorfismo que amplió la cartografía cultural y, por otro, la energía emocional, que, aunque con vaivenes, estableció una sociabilidad en la que las relaciones amistosas y de fraternidad se impusieron.

Notas

- 1 Susana Zanetti “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)” en *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura. Volume 2: Emancipação do Discurso*. Organizadora Ana Pizarro (São Paulo, Memorial da América Latina, Unicamp, 1994), pp. 489-534.
- 2 Rodolfo Gutiérrez Simón, “Rodó, profeta carismático. Análisis de la relación epistolar entre José Enrique Rodó y Miguel de Unamuno en torno al *Ariel*”, *Biblioteca Saavedra Fajardo*, p. 2. Consultado en: <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/Rodoprofetacarismatico.pdf>
- 3 V. Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, prólogo de J. M. Castellet, traducción de Pablo di Masso (Barcelona: Ediciones Península, 2000)
- 4 Jean-Luc Nancy, *La comunidad Inoperante* (Santiago de Chile: Universidad Arcis, 2000), p. 15.
- 5 “Epicuro forjó la doctrina llamada por Lucrecio del clinamen o inclinación de los átomos. Consiste en suponer que los átomos experimentan una pequeña ‘desviación’ que les permite encontrarse. El peso, *pondus*, de los átomos los empuja hacia abajo; la desviación, el clinamen, les permite moverse en otras direcciones. Así, el clinamen es considerado como la inserción de la libertad dentro de un mundo dominado por el mecanicismo”. José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1964), p. 301.
- 6 Nancy, *La comunidad inoperante*, p. 16.
- 7 Nancy, *La comunidad inoperante*, p. 40.
- 8 Nancy, *La comunidad inoperante*, p. 16. Subrayado nuestro.
- 9 Nancy, *La comunidad inoperante*, p. 40. Véase también A. Groppo, “Tres versiones contemporáneas de la comunidad: Hacia una teoría política post-fundacionalista”, *Revista de Filosofía y Teoría Política* (42), (2011) pp. 49-68, *Memoria Académica*, disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5104/pr.5104.pdf, fecha de acceso: 31 oct. 2016.

- 10 José María Vargas Vila, *Diario secreto*, selec., intr. y notas de Consuelo Triviño, (Bogotá: Arango Editores, 1898), p. 51.
- 11 Ibid.
- 12 Vargas Vila, *Diario Secreto*, p. 52.
- 13 Randall Collins, *Cadenas de rituales de interacción*, proemio y traducción de Juan Manuel Iranzo (Barcelona: Anthropos Editorial; Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2009).
- 14 Nos recuerda Collins: “Durkheim planteó la cuestión central: ¿qué mantiene unida a una sociedad? Su respuesta son los mecanismos que producen solidaridad moral, que /.../ lo hacen focalizando, intensificando y transformando emociones”. Collins, *Cadenas de rituales*, p. 141.
- 15 Patrick Charaudeau, “Las emociones como efectos de discurso”, *Versión*, n. 26 (2011), p. 109.
- 16 Eduardo Baricat Alastuey, “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología”, *Papers. Revista de Sociologia*, v. 62, p. 150, disponible en: <http://papers.uab.cat/article/view/v62-bericat>, fecha de acceso: 31 oct. 2016.
- 17 Ibid.
- 18 Tania Rodríguez Salazar, “El valor de las emociones para el análisis cultural”, *Papers. Revista de Sociologia*, 87, p. 146.
- 19 Carlos Castilla del Pino, *Conductas y actitudes* (Buenos Aires: Tusquets 2010), p. 8.
- 20 Tzvetan Todorov, “El origen de los géneros”, Garrido Gallardo, Miguel A. (Edit), *Teoría de los géneros literarios* (Madrid: Arco/Libros, 1988), p. 39.
- 21 Marc Angenot, *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, trad. Hilda H. García (Buenos Aires: Siglo XXI), p. 67.
- 22 Nora Bouvet, *La escritura epistolar*, (Buenos Aires: Eudeba, 2006), p. 11.
- 23 Nora Bouvet, *La escritura epistolar*, p. 12.
- 24 Nora Bouvet, *La escritura epistolar*, p. 16.
- 25 Ibid.
- 26 Nora Bouvet, *La escritura epistolar*, p. 114.
- 27 Silvina Jensen, Andrea Pasquaré & Leandro A. Di Gresia (eds.), *Fuentes y archivos para una nueva Historia socio-cultural* (Bahía Blanca: Hemisferio Derecho, 2015), p. 79. José María Imízcoz Beúnza y Lara Arroyo Ruiz, “Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas”, *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*, Vol. 21, diciembre 2011, disponible en <http://revista-redes.rediris.es>, fecha de acceso: 31 oct. 2016.
- 28 Michel Foucault, *Qué es un autor*, trad. De Silvio Mattoni (Buenos Aires: Ediciones Literales), p. 31.
- 29 Gutiérrez Simón se refiere al punto de vista profético: “Podemos calificar a estos pensadores (Rodó, Ortega y Gasset, Reyes, Vasconcelos...) como pensadores o profetas carismáticos. Lo que permite caracterizar a esta generación, esencialmente, es que empiezan a producir obras que quieren tener efectos constituyentes sobre el país que corresponda. Tener efectos constituyentes es lo propio de un soberano, y estos intelectuales se auto-presentan como profetas constituyentes del ser del país y, por tanto, como líderes de la realización profunda de la nación”. Rodolfo Gutiérrez Simón, “Rodó, profeta carismático. Análisis de la relación epistolar entre José Enrique Rodó y Miguel de Unamuno en torno al *Ariel*”, *Biblioteca Saavedra Fajardo*, p.2, disponible en: <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/Rodoprofetacarismatico.pdf>, fecha acceso: 31 oct. 2016.

- 30 Esta distinción de Geiger la tomamos del trabajo sobre el modernismo de Gutiérrez Girardot. En efecto, el crítico colombiano se vale del libro *Tareas y situación de la inteligencia en la sociedad* (1944) en la que Geiger hace esta diferencia entre inteligencia e intelectual. Para el sociólogo alemán no todos los intelectuales son inteligencia ni crean cultura. Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004), p. 143.
- 31 Ibid.
- 32 Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, José Luis Martínez (Editor) (México, Fondo de Cultura Económica, 1986).
- 33 Horacio Tarcus (ed.), *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg* (Buenos Aires, Emecé, 2009).
- 34 Miguel Unamuno, *Epistolario inédito: 1915-1936*, t. II, ed. Laureano Robles (Madrid: Espasa Calpe, 1991).
- 35 Estas diferencias pueden percibirse en esta carta del escritor boliviano Alcides Arguedas a Manuel Ugarte. Arguedas quiere ingresar a una comunidad compuesta por intelectuales pero desconoce las reglas: “Como es la primera vez que me dirijo a los intelectuales, ignoro sus costumbres y no sé si en ellos, como en los otros mortales, sea simple deber de cortesía responder a las cartas que se reciben por primera y quizás última vez de un individuo” [París 18 de marzo de 1909], *Epistolario de Manuel Ugarte* (Buenos Aires: Archivo General de la Nación, 1999), p. 27.
- 36 En una carta fechada en 1901 Unamuno le comenta a Darío: “De América tengo comunicación frecuente con Coll, Rodó, Grandmontagne y otros varios. En cada correo recibo libros y folletos, los más de ellos –franqueza obliga– muy flojos. Parece que huyen de la literatura de ideas, como no ha mucho me decía Rodó. Quien, a mi juicio, va completándose, es Amado Nervo /.../”. Alberto Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío* (Buenos Aires: Emecé, 1943), p. 41. En estas microrrelaciones se va configurando esa red iberoamericana, especialmente por medio de las cartas o los libros que Unamuno recibe. En 1901 Unamuno, al comentar el libro de Darío *España contemporánea*, le reconoce: “Ha hecho usted una labor meritoria, tanto para nosotros los españoles como para los americanos. Obras así labran más la confraternidad de castas que cuantos Congresos, como el último, se celebran”. Ghirardo, *El archivo*, p. 40.
- 37 Para Tania Rodríguez Salazar “las percepciones y las creencias desenvuelven un rol central en las experiencias emocionales, lo cual nos servirá para entender cómo y por qué las emociones indican, expresan o revelan las ideas y sus niveles de apropiación”. Rodríguez Salazar, “El valor de las emociones...”, p. 146.
- 38 Jorge Myers, “El intelectual-diplomático”, Carlos Altamirano (director), *Historia de los intelectuales en América Latina*, II, *Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX* (Buenos Aires: Katz, 2010), p. 89.
- 39 Myers, “El intelectual-diplomático”, p. 92.
- 40 Myers, “El intelectual-diplomático”, p. 95.
- 41 Alfonso Reyes, *La constelación americana* (México: Archivo de Alfonso Reyes, 1950), p. 5.
- 42 Reyes, *Constelaciones*, p. 8.
- 43 Reyes, *Constelaciones*, p. 16.
- 44 Reyes, *Constelaciones*, p. 21.
- 45 Reyes, *Constelaciones*, p. 45.
- 46 V. Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*.

- 47 Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993), p. 10.
- 48 A partir del romanticismo europeo, de acuerdo a Said, “[u]na revolución en el gusto y en el estilo estético lleva al público a considerar al artista como un ser especial, alguien que gracias a su genio y poder de expresión crea obras que celebran la fantasía, la creatividad, la ingenuidad y la originalidad”. Edward W. Said, “Cultura, identidad e historia”, G. Schröder y H. Breuninger (comps.), *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005), p. 38.
- 49 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 25.
- 50 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 36.
- 51 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 37.
- 52 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, pp. 51-52.
- 53 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 37. Esta carta guarda mucho interés porque en ella Unamuno adelanta algunas ideas del ensayo “¡Adentro!” que está escribiendo y se trata de un verdadero proselitismo a favor del yo.
- 54 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 38.
- 55 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 43.
- 56 José Enrique Rodó, *Miguel de Unamuno. Epistolario*. Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico, p. 8., disponible en: <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/epistolariorodounamuno.pdf> fecha de acceso: 20 de set 2016.
- 57 José Enrique Rodó, “Rubén Darío / Su personalidad literaria, su última obra / *La Vida Nueva*, II (1899)”, *Obras Completas*, Introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal (Madrid: Aguilar, 1967), p. 1508 [este texto, inicialmente carta, se convertirá luego en un prólogo a la 2ª edición de *Prosas Profanas* de 1901].
- 58 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, pp. 47-48.
- 59 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 32.
- 60 Esto atañe al dilema de la profesionalización del escritor en la sociedad burguesa: un tópico mondernista.
- 61 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 58.
- 62 Rubén Darío, *Epistolario selecto*, selección y notas Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, pról.
- Jorge Eduardo Arellano (Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1999), p. 112.
- 63 Rubén Darío, *Epistolario selecto*. Cursivas nuestras.
- 64 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 58.
- 65 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 59. Subrayado original.
- 66 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 57.
- 67 José Enrique Rodó, *Miguel de Unamuno. Epistolario*, p.10.
- 68 Carlos Castilla del Pino nos advierte: “Si bien no todos disponemos de estructuras tales como la envidia, el odio, la soberbia, la cursilería o la mendacidad, todos podemos llegar a usarlas eventualmente y con mayor o menor frecuencia, e incluso revestirnos de una o varias para presentarnos habitualmente ante los demás de tal manera que esa actitud acaba convirtiéndose en una constante o una casi constante en nuestra estructura personal”. Carlos Castilla del Pino, *Conductas y actitudes* (Buenos Aires: Tusquets Editores, 2009), p. 9.
- 69 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 61.
- 70 Manuel Ugarte, *Paisajes parisienses*, pról. Miguel de Unamuno (París: Garnier Hermanos, 1903).
- 71 Archivo General de la Nación (Argentina). Subrayado nuestro.

- 72 Manuel Ugarte, *Crónicas del bulevar*, prolog. de Rubén Darío (París: Garnier Hermanos, 1903).
- 73 Rubén Darío, *Epistolario selecto*, p. 66.
- 74 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 61.
- 75 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p.71.
- 76 [carta] 1900, Nesles, Francia Gómez Carrillo, E. / Blanco-Fombona [manuscrito] Biblioteca Nacional de Chile, Archivo Rubén Darío.
- 77 Rubén Darío, *Epistolario selecto*, p. 42.
- 78 Enrique Gómez Carrillo, *Bohemia sentimental* (París: Librería Americana, 1911), p. VI.
- 79 Rubén Darío, *Epistolario selecto*, p. 113.
- 80 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 64.
- 81 Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 65.